

Develación del mural de Francisco Moreno Capdevilla y una inscripción del sabio señor Nezahualcōyotl

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Dos testimonios, ricos en significados, se tornan presentes a partir de ahora en este auditorio de la Facultad de Derecho de nuestra *alma mater*, la UNAM. Uno es la expresión lapidaria del pensamiento del sabio Nezahualcōyotl (1402-1472). Fue el *tlahtoani*, supremo señor de Texcoco, célebre como poeta y reconocido como estadista, al que otros gobernantes acudían con frecuencia en busca de consejo. Una frase, a modo de apotegma, nos deja entrever el meollo de su pensamiento jurídico: *In yécyotl: totéquiuh, tonemiliz*, “La justicia: nuestro esfuerzo, nuestra vida”.

Yécyotl es forma abstracta derivada de *yectli* que es “lo recto, lo conveniente”. Así, la justicia equivale a la rectitud, a lo que conviene o corresponde a todos y cada uno. Esto, como enseguida se señala, no es un don ni una gracia, sino resultado del esfuerzo, *totéquiuh*, de los seres humanos. Ellos son los que alcanzan y hacen suya la justicia. Y, al lograrlo, enriquecen y confieren plenitud a su existencia, lo incorporan a “nuestra vida”, *tonemiliz*.

El otro testimonio, que desde ahora está presente en esta sala, es el impresionante gran cuadro de Francisco Moreno Capdevilla. Fue él un maestro de la pintura, nacido en Cataluña pero trasterrado en México, como consecuencia de la Guerra Civil Española. Él estuvo estrechamente vinculado con nuestra Universidad. Durante trece años laboró en la Imprenta Universitaria donde dibujó viñetas y otras ilustraciones para

numerosos libros y revistas. A él debemos aquí el mural que originalmente pintó para el Museo de la Ciudad de México, la escena trágica y a la vez grandiosa de la caída de México Tenochtitlán. En medio del fuego, la destrucción y la muerte, situó Moreno Capdevilla la figura luminosa de Cuauhtémoc, el único héroe a la altura del arte.

Quienes contemplan este grandioso testimonio plástico, regalo generoso del trasterrado catalán, se acercarán a los orígenes del ser moderno de México. Nació éste en medio de un drama pero a la vez en un encuentro que a la postre fue origen de vida. Gente de dos grandes focos civilizatorios se enfrentaron con violencia, los que venían del rumbo del Mediterráneo luminoso y los que descendían de los creadores de la espléndida civilización de Mesoamérica. Es cierto que el enfrentamiento no estuvo situado en el ámbito de la justicia, la *yécyotl*, en la que pensó Nezahualcóyotl. Pero también es verdad que de ese choque de pueblos y culturas provino el ser nuestro del México mestizo, heredero de estos dos grandes focos de civilización.

Doble mensaje queda aquí para siempre, el del sabio señor de Texcoco y el del maestro del exilio español que se volvió mexicano e hizo entrega de su arte al país que generosamente lo recibió. Atinada decisión ha sido esta adoptada por la Facultad de Derecho. En su larga y fecunda historia muchos son los logros alcanzados por quienes han participado en sus quehaceres, han sido maestros o se han formado en ella. Ambos testimonios enriquecen las lecciones de sabiduría y justicia que por siglos se han escuchado en esta casa que es parte esencial en el ser de nuestra *alma mater*.